

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 12 , capítulo CCXVI**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**María del Carmen Berdejo Bravo**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

## **Tomo 12, capítulo CCXVI**

**Anotado y revisado por  
María del Carmen Berdejo Bravo  
(UAM Azcapotzalco)**

## **Capítulo CCXVI**

**Maximiliano y los demás prisioneros  
son problema para el gobierno**

**Mayo de 1867**

## CCXVI

### MAXIMILIANO Y LOS DEMÁS PRISIONEROS SON PROBLEMA PARA EL GOBIERNO

Mayo de 1867

Con inexplicable cinismo y evidente actitud filibustera, dos días después de haber sido aprehendidos en Querétaro por el ejército republicano, un grupo de oficiales mercenarios de origen belga y austriaco ofrecieron sus servicios al general Escobedo, quien se apresuró a contestarles al día siguiente que México no necesitaba de extranjeros "para el apoyo de su soberanía y de sus instituciones".

Ocupado Querétaro el 15 de mayo, tuvo el gobierno republicano que enfrentarse al problema de resolver la situación de los 8,000 prisioneros capturados.

Por fortuna había una corriente de opinión inclinada a ser generosa con la tropa y oficiales de graduación superior y sólo se exigía castigo para los altos jefes y personajes distinguidos por su crueldad o atropellos.

El 21 de mayo, después de consultar con su gabinete, el presidente Juárez por conducto del ministro de Guerra, general Ignacio Mejía, imparte instrucciones para que se inicie el juicio contra Maximiliano, Miramón y Mejía, renunciando a la facultad que le concede el artículo 28 de la ley del 25 de enero de 1862 de aplicar la pena de muerte "con la sola identificación de las personas" a los reos que sean aprehendidos "*in fraganti delito*".

Respecto a los demás jefes y funcionarios, se pide a Escobedo una relación de los mismos, señalando los cargos y posiciones que tenían en el imperio.

El documento, seguramente preparado en el seno del gabinete, constituye una cuidadosa requisitoria de las actividades de Maximiliano,

redactada en forma objetiva y tono sereno, así como un breve señalamiento de la actuación de los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía.

Pocos días después, el propio ministro de Guerra da instrucciones al general Escobedo para que a la tropa prisionera se le deje en libertad o se le refunda en las fuerzas republicanas y que la mayor parte de los oficiales y funcionarios sean enviados a diferentes sitios dejando únicamente en Querétaro a veinticinco personas de alta graduación o de elevado rango en la administración imperial.

Al pasar los días y no castigar de inmediato a Maximiliano y a los altos jefes militares que le rodearon, se hace notorio el malestar en el campo republicano; algunas personas se dirigieron a Escobedo y otras directamente, a Juárez. Hemos seleccionado las comunicaciones al presidente Juárez de dos personalidades, el general Ramón Corona y Juan José Baz; la primera es cortés, insinuando que la consolidación de la sociedad requiere un enérgico castigo; Baz en cambio usa un tono brusco y de apremio, pues no le agrada la hipótesis de que la benignidad sea resultado de la presión estadounidense y le recuerda que "los pueblos no se gobiernan con el corazón, sino con la cabeza".

Estas dos cartas son representativas de la corriente de opinión que exigía el fusilamiento de los principales jefes imperiales y muestra cómo Juárez y su gabinete supieron conservar la serenidad y el equilibrio de estadistas que tienen la vista puesta en el futuro.

En estos días Escobedo se encuentra preocupado por el crecido número de prisioneros que sus tropas fieles, pero cansadas y mal pagadas, necesitan vigilar.

También porque ha tenido que movilizar tropas para reforzar las que al mando del general Porfirio Díaz están sitiando la ciudad de México y, finalmente, por las dificultades con que tropieza para conseguir alimentos.

Manuel Lozada, el "Tigre de Alica" como se le llamó por sus crueldades, escribió al general Ramón Corona pidiéndole interviniera para lograr el indulto de Maximiliano. La carta, muy bien escrita, ofrece argumentos de peso, pero además pretende sostener que la salvación de

Juárez, cuando Landa lo quiso asesinar en 1858, fue una generosidad consciente del partido conservador. Corona la comenta con discreción y avisa a Lozada que ya la remite al presidente Juárez, que es a quien corresponde decidir.

Escobedo informa que está concediendo la baja a los jefes y oficiales que la solicitan, para iniciar así el licenciamiento de las fuerzas.

Nuevamente presenta quejas contra el gobernador de Guanajuato, León Guzmán, e insiste en su petición de que sea removido del cargo.

Maximiliano, con una ingenuidad que sorprende, pide a Juárez le conceda una entrevista para tratar asuntos graves, pero Juárez, como es natural, no accede a la solicitud.

También envía a la princesa Salm Salm a la Ciudad de México con una carta a Leonardo Márquez. Va comisionada para tratar asuntos personales del prisionero, entre otros, activar la salida de los defensores y, lo más notable, recoger sus sueldos de marzo y abril, así como la primera quincena de mayo, junto con sus gastos de casa. Sorprende que Maximiliano no sé diera cuenta de su situación y de la imposibilidad material de los defensores de la capital para hacer esos pagos, independientemente de que habiendo abdicado y estando prisionero, lo más probable era que no reconocieran su autoridad.

Para fines de mayo se conoció en los Estados Unidos la caída de Querétaro y la aprehensión de Maximiliano. Un buen amigo de la causa republicana, George E. Church, comenta lo anterior y aunque reconoce que "la justicia demanda la vida de ese hombre que ha hecho tanto daño a México", insinúa la conveniencia de ponerlo en libertad.

Otro estadounidense, Hiram Barney, escribe a Romero congratulándolo por los triunfos y sugiriendo el perdón para los vencidos. Romero se apresura a contestarle, haciéndole ver la inconveniencia de ser generoso con Maximiliano.

En carta privada, Romero dice a Juárez que considera necesario se cumpla la condena que el tribunal señala para Maximiliano.

El 15 de junio, Seward lo llama para leerle un memorándum sobre una nueva gestión para salvar al archiduque. Romero lo considera escrito en términos respetuosos, y con franqueza le dice al secretario de Estado

que producirá mejor efecto que la comunicación enviada por conducto de Campbell a principios de abril. Al comunicarse con Juárez, le manifiesta sus deseos de que cuando llegue a México ese mensaje ya se haya resuelto la suerte de Maximiliano, para que no se piense que esta nueva gestión del gobierno estadounidense la decidió.

La nota de Seward y el informe de Romero son documentos que muestran cómo el gobierno estadounidense adopta una mejor actitud frente a la República triunfante.

# **DOCUMENTOS**



**Mayo de 1867**

## MERCENARIOS OFRECEN SUS SERVICIOS

Querétaro, mayo 16 de 1867<sup>1</sup>

A su excelencia el general en jefe del ejército

Excelentísimo señor:

Han terminado los enganches que nos obligara a aceptar su excelencia [S. E.] el mariscal Bazaine y habiendo quedado enteramente disuelto el imperio, los infrascritos oficiales desean, si lo estimare conveniente vuestra excelencia [V. E.], servir con sus grados respectivos bajo la bandera de la libertad, y por la presente protestan lealtad y honor a su nueva bandera.

Nos repetimos, con el mayor respeto, de V. E. obedientes y humildes servidores.

Ernesto Roieville  
Capitán de caballería  
Cárlos Schemidt  
Capitán de caballería  
Javier Gaultedon  
Capitán de infantería  
Emilio Frouin

Teniente de caballería  
Pedro Herand  
Teniente de infantería  
Juan Ricot  
Teniente de caballería  
Enrique Morel  
Capitán de infantería

---

<sup>1</sup> En la fuente consultada, equivocadamente se da como fecha de esta comunicación el 16 de junio, debiendo ser mayo, toda vez que este documento y su respuesta fueron enviados por tierra a Nueva Orleáns, trasmitidos por telégrafo y publicados juntos el 19 de junio por *Cronicle* de Whasington.

Félicz Kteffer  
Teniente de caballería  
Eugenio Bally  
Subteniente de caballería  
Emilio Pejuin

Teniente de caballería  
Víctor Manuel  
Teniente de caballería  
Pablo Guyan  
Subteniente de infantería

ESCOBEDO RECHAZA  
A LOS FILIBUSTEROS BELGAS Y AUSTRIACOS

Ernesto Roieville, Juan Ricot, etc.:

No necesitando la nación de la ayuda de extranjeros para el apoyo de su soberanía y de sus instituciones, ni de aceptarla de aquellos que han venido a derramar la sangre de sus hijos en una guerra inicua, violando los usos establecidos entre las naciones civilizadas y particularmente después de que las armas de la República los han obligado a rendirse, notifíquese a los peticionarios, por conducto del secretario, que no ha lugar a su solicitud.

Independencia y Libertad. Cuartel general en la Purísima, frente a Querétaro, mayo 17 de 1867.

Mariano Escobedo

PRECISAS INSTRUCCIONES DEL GOBIERNO A ESCOBEDO,  
SOBRE LOS JEFES APREHENDIDOS

Ciudadano general de división  
en jefe del cuerpo de ejército del Norte,  
Mariano Escobedo.  
Querétaro

Ocupada por un hecho de armas la ciudad de Querétaro, ha comunicado usted que han sido allí aprehendidos 8,000 soldados y más de 400 jefes y oficiales del enemigo, entre ellos Fernando Maximiliano de Habsburgo, que se ha titulado emperador de México. Antes de dictar ninguna resolución acerca de los presos, el gobierno ha querido deliberar con la calma y detenimiento que corresponden a la gravedad de las circunstancias. Ha puesto a un lado los sentimientos que pudiera inspirar una guerra prolongada, deseando sólo escuchar la voz de sus altos deberes para con el pueblo mexicano. Ha pensado, no sólo en la justicia con que se pudieran aplicar las leyes, sino en la necesidad que haya de aplicarlas. Ha meditado hasta qué grado pueden llegar la clemencia y la magnanimidad y qué límite no permitan traspasar la justicia y la estrecha necesidad de asegurar la paz, resguardar los intereses legítimos y afianzar los derechos y todo el porvenir de la República.

Después que México había sufrido todas las desgracias de una guerra civil de 50 años; cuando el pueblo había conseguido al fin hacer respetar las leyes y la Constitución del país; cuando había reprimido y vencido a unas clases corrompidas que, por satisfacer sus intereses particulares, sacrificaban todos los intereses y todos los derechos nacionales; cuando ya renacían la paz y la tranquilidad ante la voluntad general del pueblo y la impotencia de los que habían querido sojuzgarlo; entonces los restos más espurios de las clases vencidas apelaron al

extranjero, esperando con su ayuda saciar su codicia y su venganza. Fueron a explotar la ambición y la torpeza de un monarca extranjero y se presentaron en la República inicuaamente asociadas (la) intervención extranjera y la traición.

El archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo se prestó a ser el principal instrumento de esa obra de iniquidad que ha afligido a la República por cinco años, con toda clase de crímenes y con todo género de calamidades.

Vino para oprimir a un pueblo, pretendiendo destruir su Constitución y sus leyes, sin más títulos que algunos votos destituidos de todo valor, como arrancados por la presencia y la fuerza de las bayonetas extranjeras.

Vino a contraer voluntariamente gravísimas responsabilidades que son condenadas por las leyes de todas las naciones y que estaban previstas en varias leyes preexistentes de la República, siendo la última la de 25 de enero de 1862, sancionada para definir los delitos contra la independencia y la seguridad de la nación, contra el derecho de gentes, contra las garantías individuales y contra el orden y la paz pública.

Los hechos notorios de la conducta de Maximiliano comprenden el mayor número de las responsabilidades especificadas en esa ley.

No sólo se prestó a servir como instrumento de una intervención extranjera, sino que, para hacer también por sí una guerra de filibusteros, trajo otros extranjeros, austriacos y belgas, súbditos de naciones que no estaban en guerra con la República.

Trató de subvertir para siempre las instituciones políticas y el gobierno que libremente se había dado la nación, pretendiendo abrogarse el Poder Supremo, sin más título que los votos de algunas personas nombradas y delegadas por el invasor extranjero o apremiadas por la presencia y las amenazas de la fuerza extranjera.

Dispuso por sólo la violencia de la fuerza, sin ningún título legítimo, de las vidas, los derechos y los intereses de los mexicanos.

Promulgó un decreto, con prescripciones de barbarie, para asesinar a los mexicanos que defendían o que siquiera no denunciaban, a los que defendían la independencia de las instituciones de su patria.

Hizo que se perpetrasen numerosísimas ejecuciones sangrientas, conforme a ese bárbaro decreto y que comenzara su aplicación en distinguidos patriotas mexicanos, aun antes de poderse presumir que supieran que se había promulgado.

Ordenó que sus propios soldados o consintió con el falso título de jefe de la nación, que los soldados del invasor extranjero incendiasen o destruyesen muchas poblaciones enteras en todo el territorio mexicano, especialmente en los estados de Michoacán, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León.

Ordenó que sus propios agentes o consintió que los agentes del extranjero asesinasen muchos millares de mexicanos, a quienes se imputaba como crimen la defensa de su patria.

Y cuando se retiraron los ejércitos de la potencia extranjera y vio levantada en su contra toda la República, quiso todavía rodearse de alguno de los hombres más culpables en la guerra civil, empleando todos los medios de violencias y depredaciones, de muerte y desolación, para sostener hasta el último momento su falso título, de que no ha pretendido despojarse sino cuando ya no por la voluntad sino por la fuerza se ha visto obligado a dejarlo.

Entre esos hombres que han querido sostenerlo hasta el último instante, pretendiendo consumir todas las consecuencias de la traición a la patria, figuran, como unos de los principales cabecillas, los llamados generales don Miguel Miramón y don Tomás Mejía que han estado con un carácter prominente en Querétaro, como generales en jefe de cuerpo de ejército de Maximiliano.

Los dos tenían desde antes una grave responsabilidad por haber sostenido durante muchos años la guerra civil, sin detenerse ante los actos más culpables y siendo siempre un obstáculo y una constante amenaza contra la paz y la consolidación de la República.

Previene el artículo 28 de la ley citada, que las penas impuestas en ella se apliquen a los reos cogidos *in franganti* delito o en cualquier acción de guerra, con sólo la identificación de las personas.

Concurriendo en el presente caso ambas circunstancias, bastaría la notoriedad de los hechos para que se debiera proceder con arreglo a ese artículo de la ley.

Sin embargo, queriendo el gobierno usar de sus amplias facultades, con objeto de que haya la más plena justificación del procedimiento en este caso, ha resuelto que en él se proceda al juicio que dispone la misma ley en otros casos, para que de ese modo se oigan en éste las defensas que quieran hacer los acusados y se pronuncie la sentencia que corresponda en justicia.

En tal virtud, ha determinado el ciudadano Presidente de la República que disponga usted se proceda a juzgar a Fernando Maximiliano de Habsburgo y a sus llamados generales don Miguel Miramón y don Tomás Mejía, procediéndose en el juicio con entero arreglo a los artículos del 6° al 11° inclusive, de la ley de 25 de enero de 1862, que son los relativos a la forma del procedimiento judicial.

Respecto de los demás jefes, oficiales y funcionarios aprehendidos en Querétaro, se servirá usted enviar al gobierno lista de ellos, con especificación de las clases o cargos que tenían entre el enemigo, para que se pueda resolver lo que corresponda, según las circunstancias de los casos.

Independencia y Libertad. San Luis Potosí, mayo 21 de 1867.

(Ignacio) Mejía



RAMÓN CORONA INSINÚA SE DÉ ENÉRGICO CASTIGO  
A LOS JEFES IMPERIALES

San Juan del Río, mayo 20 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis (Potosí)

Muy señor mío y amigo:

En mi anterior carta del día 15, di a usted cuenta de mi conducta militar al ser ocupada Querétaro por nuestras fuerzas, la mañana de ese mismo día.

Consideré de mi deber, en aquellos momentos, dar garantías a los altos personajes que tuve ocasión de hacer prisioneros en el campo, hasta presentarlos al general en jefe, porque no me tocaba a mí decidir de su suerte.

Este paso no debe ni puede tener otra interpretación.

Yo participo del sentimiento general de mis conciudadanos que ven en esos desgraciados personajes los autores de nuestros trastornos públicos, de la ruina de tantos intereses y de tanta sangre derramada... y abrigo la convicción de que el porvenir de la República, el aseguramiento de nuestra independencia y la consolidación del orden interior de nuestra sociedad, dependen inmediatamente de la conducta que el gobierno general siga con ellos.

Sin otro particular, me repito de usted como su afectísimo amigo y seguro servidor.

Ramón Corona

JUAN JOSÉ BAZ SE MUESTRA SORPRENDIDO  
POR LA DEMORA EN AJUSTICIAR A LOS CULPABLES

Tacubaya, mayo 24 de 1867

Señor don Benito Juárez  
Mi querido amigo y señor:

Con bastante admiración ha visto todo el mundo que han pasado nueve días después de tomado Querétaro, sin que la justicia nacional haya castigado a ninguno de los criminales cogidos allí. Confieso a usted que yo he participado de la admiración, pues las conversaciones tenidas con usted y sus cartas me hicieron creer que, si bien no prodigaría usted la sangre humana, sí derramaría la de aquellos cuya existencia es incompatible con la paz pública.

Recuerdo que hace poco más de un mes escribí a usted una carta, dándole cuenta de que Porfirio Díaz había desechado la proposición que le hacía O'Horan de entregarle la capital si le garantizaba la vida y usted me contestó: "me parecen muy acertadas las contestaciones que ha dado el señor Díaz a las pretensiones de los traidores. Bien sé que todo quedaría terminado en un día y sin tirar un tiro, si les concediésemos lo que solicitan; pero quedaríamos en ridículo y comprometeríamos la paz futura de la nación, esterilizando los sacrificios que ésta ha hecho para conquistar su verdadera libertad e independencia". Estas palabras se pueden aplicar en toda la extensión a lo que pasa en Querétaro.

Sabe usted que yo detesto la pena de muerte; pero creo que hay economía de sangre en quitar de en medio<sup>2</sup> a los que representan un

---

<sup>2</sup> La carta de Baz de fecha 20 de abril aparece en el tomo 11. Lamentablemente no

principio ruinoso y detestado por el país y a los que, no profesando ningún principio, promueven constantemente desórdenes por miras personales.

Ninguna explicación satisface al público de las que se dan a lo que pasa en Querétaro. Los que creen que se ha cedido a la presión y a las exigencias del norte,<sup>3</sup> lamentan el que todavía seamos esclavos del extranjero; los que lo atribuyen a bondad de corazón, dicen que los pueblos no se gobiernan con el corazón sino con la cabeza.

Yo he creído conveniente no ocultar a usted el disgusto general, así como el que la impunidad de ciertos hombres acarrearán indudablemente al gobierno desprestigio y hará perder a usted la popularidad que a fuerza de tanta constancia, valor y sacrificios, ha conquistado.

Bien sé que hay complicaciones políticas que no permiten obrar como los gobiernos quisieran, pero esto tiene sus límites, pues todo debe arrostrarse cuando se trata de satisfacer la opinión general y de asegurar la felicidad pública.

Esta carta es enteramente confidencial y amistosa y a nadie he comunicado su contenido. Si sus reflexiones son buenas, me felicitaré de haberlas hecho; si no lo son, rómpala usted y negocio concluido.

En todo caso atribuya usted a buenas intenciones el haberla escrito y al deseo que tengo por el bien del país y por el buen nombre de usted.

Queda suyo.

Juan José Baz

---

pudimos localizar la respuesta de Juárez.

<sup>3</sup> Se refiere al gobierno de los Estados Unidos.

TELEGRAMA DE MAXIMILIANO A JUÁREZ

Querétaro, mayo 26 de 1867

Señor presidente:

Deseo hablar personalmente con usted de asuntos graves y muy importantes al país; amante decidido usted de él espero que no se niegue usted a una entrevista; estoy listo para ponerme en camino hacia esa ciudad a pesar de las molestias de mis enfermedades.

Maximiliano

MAXIMILIANO ENVÍA A LA PRINCESA DE SALM SALM  
CON MÁRQUEZ

Querétaro, mayo 20 de 1867

(Señor general Leonardo Márquez)  
Mi querido general:

La dadora de estos renglones es la princesa Salm que ha tenido la bondad de prestarse para ir a México, con el fin de arreglar unos negocios de familia que son de suma importancia y a hablar al mismo tiempo con los abogados que deben ser mis defensores.

Usted proporcionará a la princesa, durante su permanencia en México y para que vuelva a Querétaro, todo lo que necesite, llenando en todos sus deseos.

Su afectísimo.

Maximiliano

MAXIMILIANO RECLAMA  
SUS SUELDOS Y GASTOS VENCIDOS

Al secretario del gabinete don Agustín Fischer

Por la presente ordeno a usted se sirva recoger las cantidades siguientes que me adeudan de la lista civil a saber:

Mesada correspondiente a mayo <sup>4</sup> último	\$ 10,000
Por los gastos de la casa que me acompaña en dicho mes	1,500
Mesada de abril	10,000
Gastos de la casa	1,500
Parte de la mesada que corresponde a los 15 primeros días de mayo	5,000
ídem gastos id	<u>750</u>
Total	\$ 28,750

Además de esta suma arreglará usted con el ministro de mi casa, don Carlos Sánchez Navarro, que el saldo sobrante de la que se me asigna de diez mil pesos mensuales para gastos de mi casa, una vez pagados éstos en los dos meses y medio arriba expresados, se agregue a la mencionada de \$ 28,750. Y el todo lo entregará usted al cónsul de Prusia en México, don Esteban Benecke, arreglando con él, si es posible, el que por su valor dé libranzas a favor del comandante de la corbeta *Elizabeth* D. W. Groveler a Veracruz, cuyas libranzas le remitirá a éste con toda seguridad el mismo señor Benecke.

Querétaro, mayo 29 de 1867.

(Maximiliano)

---

<sup>4</sup> Debe ser marzo, probablemente error del transcriptor.

LA PRINCESA SALM SALM VA EN BUSCA DE JUÁREZ

Querétaro, mayo 25 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Apreciable señor y amigo:

La señora doña Inés Salm se ha presentado y le he permitido se dirija para esa ciudad, conduciendo para usted una carta de Maximiliano.

Mariano Escobedo

AL JUZGAR A MAXIMILIANO, MIRAMÓN Y MEJÍA  
SE CUMPLE CON LA LEY

Querétaro, mayo 27 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Muy apreciable señor y amigo:

He recibido su carta de 24 del presente, contestación a una mía del 22 del mismo.

Como ya he dicho a usted con anterioridad, se han empezado a juzgar a Maximiliano Miramón y Mejía y puede usted estar seguro que se observarán en el juicio las prescripciones de la ley respecto de los plazos que ella misma señala, hasta su conclusión.

Grandes dificultades se han tenido para formar la lista de los prisioneros, pues todos trataban de ocultar sus empleos y destinos, pero ya se han publicado por fin y al efecto remito a usted algunos ejemplares de ella.

Adjunto a usted también la minuta de la carta que Maximiliano escribió al presidente de su consejo, relativa a la aceptación de los servicios de don Miguel Negrete y a su nombramiento como comandante general de Veracruz. También mando a usted los papeles todos que se han recogido hasta ahora.

Acabo de recibir un mensaje del general Díaz, en que me pide recursos y víveres para su fuerza, los que en el acto me ocupo de proporcionar y, al efecto, he puesto un telegrama al señor gobernador de Guanajuato encareciéndole la necesidad que hay de que remita todos los víveres que pueda para el ejército de Oriente.



Hace dos días mandé al cuartel general del ejército de Oriente \$18,000 y el resto, hasta \$30,000, me ocupo de agenciarlo y saldrá de aquí mañana, advirtiéndole a usted que me he quedado sin un centavo ni para lo más preciso; pues comprendo que las necesidades de aquellas fuerzas son superiores a las de las mías.

Parece que los víveres son los que más falta hacen al ejército, de manera que sería conveniente ver si podría salir de esa ciudad algún convoy que pudiera mandarse violentamente.

Por su ya citada, quedo impuesto habló con usted el amigo Aguirre acerca de las dificultades y disgustos que tuve durante el sitio de esta plaza; pero, como usted dice, muy bien queda todo compensado con el buen resultado de nuestros sacrificios y el juicio de la gente sensata. Cuando tenga el gusto de ver a usted, podré decirle algunas cosas que sería imprudente consignar por escrito.

Al señor Lerdo le hablo de las exigencias de algunos de nuestros amigos respecto de los prisioneros y aun le acompaño copia de una carta que hoy mismo he recibido, pero el resultado del juicio que se sigue contra los culpables los contentará y otra vez no se permitirán dudar que la ley es la norma de los procedimientos del Supremo Gobierno.

Tendré a usted al tanto de los progresos del juicio hasta su conclusión, escribiendo a usted constantemente y, deseando siga usted favoreciéndome con sus letras, me repito de usted afectísimo amigo y servidor.

Mariano Escobedo

(Aumento):

Se me pasaba decir a usted que entre los prisioneros hay muchos famosísimos criminales como Almanza, Bueyes Pintos y otros que se han hecho célebres por todos los delitos que han cometido.

La conducta que han observado los prisioneros en esta plaza durante el sitio ha sido terrible; desde hace algunos días he mandado levantar una averiguación acerca de esto y cuando esté terminada la mandaré al gobierno.

## ESCOBEDO HACE CONSULTA SOBRE PLAZOS

Querétaro, mayo 29 de 1862<sup>5</sup>

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Muy señor mío y amigo de mi estimación:

Ayer he recibido un mensaje del ciudadano ministro de Guerra en el que se me previene por acuerdo de usted "que si los defensores llamados por Maximiliano no llegan dentro del término que la ley señala para la defensa o llegaran al concluir o cerca de concluir ese término, puede concederse, en cualquiera de los tres casos, que desde entonces comience a contarse de nuevo el término que la ley señala para la defensa, disfrutando también de esta prórroga los otros dos procesados".

Como el primer caso es si los defensores no llegasen dentro del término que la ley fija sin especificarse cuánto tiempo después de pasado el término, creí prudente pedir al señor ministro algunas explicaciones y en contestación me dice que ese es el acuerdo de usted, agregando que si tengo alguna duda, la consulte. En tal virtud le he puesto un telegrama preguntando qué se hace en el caso de que los defensores no lleguen dentro del término que la ley fija para la defensa, el que no ha parado aún por la tempestad.

Por el mal estado de las oficinas telegráficas muchas veces sucede que los mensajes se truncan, añadiendo o quitando palabras que hacen cambiar completamente el sentido y esto justamente he temido sucedería con el primer mensaje a que me refiero en esta carta. Ruego a usted,

---

<sup>5</sup> En el manuscrito equivocadamente se escribió 1862, debiendo ser 1867.

señor presidente, que para evitar fraudes se sirva hacer uso de la clave que usted me envió en lo interesante de los telegramas y esto me servirá, principalmente, para no desconfiar de su autenticidad.

La causa está ya en estado de defensa; así lo he declarado con motivo de la consulta que me hizo el fiscal y ya se ha corrido traslado a uno de los procesados, a pesar de los artículos de incompetencia que han promovido hoy y los que he devuelto para que ocurran ante quien corresponda.

Espero me conteste usted y mande lo que guste a su afectísimo amigo y servidor.

Mariano Escobedo

LA PRINCESA SALM SALM VA A MÉXICO

Querétaro, mayo 31 de 1867

Señor general don Porfirio Díaz  
Tacubaya

Muy estimado amigo y compañero:

La señora Salm Salm pasa para Tacubaya, enviada por Maximiliano para abreviar la venida de los defensores que ha nombrado. A esta señora que presentará a usted una carta, atendido su sexo, me he permitido recomendarla no dudando la atenderá usted convenientemente.

Sabe usted la estimación con que soy de usted su afectísimo amigo y compañero que mucho lo aprecia y b. s. m.

Mariano Escobedo

MANUEL LOZADA LE PIDE AL GENERAL CORONA  
INTERVENGA PARA SALVAR A MAXIMILIANO,  
MIRAMÓN, MEJÍA Y CASTILLO

San Luis (Potosí), mayo 29 de 1867

Señor general don Ramón Corona  
Muy señor mío:

Le parecerá a usted extraño que yo le escriba y más aún el asunto que motiva esta carta; pero yo no puedo ahogar los sentimientos que me animan y usted me permitirá manifestárselos.

Quiero hablar a usted de los prisioneros de Querétaro, es decir, de los principales jefes, como son el emperador Maximiliano y los generales Miramón, Mejía y Castillo. La suerte de estos hombres me ha conmovido hasta lo infinito y, aunque comprendo muy bien que nada, absolutamente nada puedo hacer en su favor, no me es dable conformarme con esta imposibilidad y me veo precisado a adoptar un medio cuyo resultado no puedo calcular, porque jamás lo he puesto en juego, siendo ésta la primera vez que me resuelvo a solicitar algo de mis enemigos personales.

Si es disimulable esta franqueza, permítame usted, señor general, que le distraiga un instante más de sus altas atenciones.

He indicado a usted que la situación a que quedaron reducidos los principales jefes del ejército imperial, después de la jornada del día 15, me ha conmovido profundamente; pero debo explicarle que no es la falta de libertad y de acción de parte de aquellos señores lo que me afecta, sino el peligro inminente en que se hallan de ser privados de su existencia.

Si califico de inminente el peligro en que están los principales prisioneros de Querétaro, lo hago fundado en la enérgica contestación que S. E., el señor ministro de Relaciones, le dirigió al gobierno de los

Estados Unidos de América y aunque esa misma energía debería arredrarme, no ha sucedido así, considerando que lo que por dignidad se le ha denegado al gobierno de una nación poderosa, se le podrá conceder por gracia a un mexicano que la solicita en nombre de todas las tribus indígenas de la Sierra del Nayarit.

No es, señor general, el espíritu de partido lo que me hace interesarme tanto en que se conserve la vida a los prisioneros de Querétaro; sentimientos más nobles son, en estos momentos supremos, el móvil de mi conducta, y la neutralidad en que se encuentran estos pueblos hace algún tiempo, garantiza la sinceridad de mis palabras.

En este concepto paso a manifestar a usted cuáles son las razones en que fundo mi solicitud y lo haré en pocas palabras.

La voz de la humanidad, combinada con la del amor patrio ha sonado en mi oído y esa voz suprema, que siempre se hace escuchar, es la que me ha inspirado elevar ante usted las siguientes reflexiones.

No se puede negar, señor general, que tanto el emperador Maximiliano como los generales prisioneros de que he hecho referencia, han sostenido un principio político y, en apoyo de esta verdad, tiene usted la opinión del gobierno americano que no debe ser nada sospechoso para el gobierno de la República. Además, la misma prensa liberal ha reconocido la existencia del partido conservador, es decir, ha reconocido el derecho que ese partido tiene para hacer la oposición a los principios liberales; luego, el haber sostenido ese derecho no es un crimen, era un deber que han llenado esos hombres, con el valor y abnegación de que hay pocos ejemplos en la historia de nuestras disensiones, cuyas virtudes deben respetarse dondequiera que se encuentren y con mayor razón cuando los poseedores de ellas son mexicanos. Verdades son éstas, señor general, que podrá reconocer todo el que vea las cosas por el vehículo de la razón y de la justicia y que juzgue a las personas con la debida imparcialidad.

Por otra parte, cuando un país se encuentra dividido en partidos beligerantes que se disputan el triunfo de sus respectivos principios, al vencedor no le queda más derecho que imponer sus leyes al vencido y poner a sus corifeos en la imposibilidad de alterar el orden público por

medio de la proscripción. Esta ha sido la práctica de las naciones civilizadas y a México, que hace esfuerzos supremos por colocarse a la vanguardia, no le conviene dar un paso al retroceso que le deshonor y le comprometa en cuestiones internacionales.

Si a esto se agrega que la pena de muerte es incompatible con las instituciones liberales que sostiene el gobierno de la República, debería evitarse a todo trance imponer dicha pena a los prisioneros de guerra de Querétaro, teniendo muy presente que un acto de clemencia de esta naturaleza, en lugar de poner en peligro aquellas instituciones, las dejaría afianzadas para siempre.

No me parece por demás llamar la atención de usted, señor general, sobre un incidente que no dudo influirá de una manera eficaz al objeto que me propongo.

El señor Juárez tiene una deuda inmensa de gratitud y no parece sino que la Providencia le ha deparado una bella oportunidad para pagarla. Usted recordará que la defección de un Landa en Guadalajara hizo caer a los Supremos Poderes en manos del partido conservador y que éste con la mayor generosidad los puso libres; pues bien, ahora la defección de un López en Querétaro puso en manos de sus enemigos al emperador y a los hombres más prominentes del partido conservador; ¿qué debe hacer el señor Juárez?, ¿no está en el deber de pagar la generosidad que con él se usó, con la misma moneda? Si tal hace, será verdaderamente un grande hombre.

La suerte ha querido colocar a usted, señor general, en una elevada posición y ahora es cuando debe usted aspirar a la verdadera gloria, dando un testimonio público ante el mundo entero de la grandeza de su alma; esto lo conseguirá usted manifestándose generoso con los vencidos y tendiendo una mano amiga a sus antagonistas.

Los méritos que usted tiene para ser considerado y atendido del gobierno de la República, son notorios, mientras que yo no tengo ninguno y por eso me dirijo a usted y lo hago con mayor confianza que si tuviera que hacerlo a uno de mis antiguos correligionarios, porque éste tendría, hasta cierto punto, obligación de atenderme mientras que usted si



lo hace merecerá mi eterna gratitud, con ella el aplauso y veneración de las presentes y futuras generaciones.

Bajo la solemnidad de esta convicción, dejo en manos de usted la salvación de los prisioneros de Querétaro, si la presente logra llegar oportunamente a sus manos.

Soy con el mayor respeto de usted, señor general, su afectísimo y seguro servidor q. b. s. m.

Manuel Lozada

EL GENERAL CORONA CONTESTA A LOZADA

Guadalupe Hidalgo, junio 13 de 1867

Señor don Manuel Lozada  
San Luis (Potosí)

Muy señor mío:

Ayer tocó a mis manos el duplicado de la carta de usted que ha creído conveniente dirigirme y cuya fecha es de 29 de mayo último y, animado por mi parte del deseo de darle una contestación pronta, me he resuelto a verificarlo antes de recibir el original. De ninguna manera me ha parecido extraño el que usted me escriba y menos con el objeto que lo hizo para interceder en favor de los señores don Maximiliano de Habsburgo, don Miguel Miramón, don Tomás Mejía y de Severo Castillo, personas todas hoy sujetas a un juicio en la ciudad de Querétaro por la parte principal que tuvieron en la creación de un orden político de cosas en la República, que el buen sentido de la nación rechaza y el espíritu de nuestras instituciones condena.

Comprendo que la suerte de esos señores conmueva a usted y que no le sea dable conformarse con la imposibilidad que presiente de no poder conseguir nada en su favor; que su inquietud nazca del tono en que está concebida la contestación dada por el señor ministro de Relaciones a la nota que, sobre ese objeto, le dirigió el gobierno de los Estados Unidos y, en suma, que abrigue usted esperanzas de conseguir más en favor de aquéllos, hablando a nombre de todas las tribus de la Sierra del Nayarit, que lo que se alcance con la intercesión de aquella nación poderosa. Estas y las otras consideraciones en que usted entra en apoyo de su mediación, demuestran claramente los sentimientos de que usted se halla animado y

prueban la fe que usted tiene en los principios que ha sostenido. Eso sólo me bastaría para resolver en esa grave cuestión, si yo fuera el juez llamado por la ley a decidirla.

En mi calidad de jefe de un cuerpo de ejército de la República, es mi deber apoyar al gobierno legítimo y sostener sus leyes; son éstas las que determinan los procedimientos en los juicios como el de que se trata y establecen los preceptos para pedir gracia en ciertas circunstancias, como una regalía otorgada solamente al magistrado supremo de la nación.

Consecuente con estos principios y atendiendo la recomendación que usted me hace, hoy mismo traslado íntegra la carta de usted al señor presidente, única autoridad que puede resolver en este caso.

Soy de usted, etc.

Ramón Corona

ESCOBEDO INQUIETO CON LA RESPONSABILIDAD  
DE LOS PRESOS QUE GUARDA

Querétaro, junio 5 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Muy señor mío de mi consideración:

He recibido su carta fecha 3 del corriente, contestación a la mía de 31 del próximo pasado mayo.

A mi pesar me veo obligado a hacer a usted presente la situación en que me encuentro. Prescindiendo de mis enfermedades, que diariamente se hacen más penosas, sufro mucho por no poder atender a la fuerza con sus haberes y muchos días ni con un miserable rancho, pues, como ya otras veces he dicho a usted, la ciudad y poblaciones inmediatas quedaron exhaustas de todos recursos y muchas destruidas después del largo sitio. El muy pesado servicio que tienen que hacer los soldados para custodiar los reos, después de la fatiga del sitio y sin los elementos necesarios, los conduce por fin a los hospitales, faltando día a día los mejores y más fieles soldados.

Usted sabe, señor presidente, que los reos pueden en esta ocasión derramar el oro por salvarse; de suerte que se necesita mucho cuidado y tropa de mucha confianza, que, aunque la tengo, es muy poca y aunque está en la miseria, no temo la corrompan.

Mañana a las once se cumple el término de la prórroga y hoy he recibido un mensaje del ministerio de Guerra, por el que he visto ha concedido usted otra de tres días. Francamente, señor presidente, siento

mucho haya usted concedido dicha prórroga por la inmensa responsabilidad que pesa sobre mí y hoy he tenido que disponer hasta de mis ayudantes para vigilar a los reos. Más contento estaría combatiendo como lo he hecho siempre, que colocado en esta situación con tan grave responsabilidad, en donde se suceden las intrigas y donde se ponen en juego, por nuestros enemigos, todos los medios para salvar a los encausados.

Que se conserve usted bien desea su afectísimo servidor.

Mariano Escobedo

ESCOBEDO PIDE LA REMOCIÓN  
DE LEÓN GUZMÁN

Querétaro, junio 7 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Muy estimado señor mío:

Hoy dirijo al ministerio de la Guerra una exposición documentada de la mala conducta observada, durante las operaciones sobre esta plaza, por el señor licenciado Guzmán y de los temores fundados que tengo de que el señor Guzmán traiga graves dificultades al gobierno por su desacordada conducta, pidiendo, en consecuencia, que se le remueva del cargo de gobernador y comandante militar del estado de Guanajuato. Yo suplico a usted se digne leer esta exposición y todos los documentos que la acompañan para que, con todo conocimiento, se sirva determinar lo que hallare de justicia.

Nunca he puesto en duda, señor presidente, el patriotismo del señor Guzmán, ni sus convicciones por la República; pero creo que es un hombre enfermo, a quien lo acerbo de sus males lo ponen frecuentemente en un estado que algo se asemeja a la demencia. Solamente así puedo explicarme la irregularidad e inconsecuencia en su conducta; pero ya usted comprenderá que siendo así, aun cuando no proceda con una deliberada intención, es siempre muy expuesto conservarlo en un puesto en el que por esta causa puede ocasionar graves males.

Diversas personas de buena nota se han presentado a mí a manifestarme que están muy disgustadas de la administración del señor Guzmán y original acompaño a usted, para que se sirva imponerse de

ella, una carta que acerca de esto me ha escrito el señor don Antonio Hernández.

Mucho me ha molestado el señor Guzmán y me tiene muy ofendido. Sin embargo, me había propuesto guardar un silencio profundo, como usted ve que lo he hecho hasta ahora; pero he creído que debía romper este silencio porque en ello me parece que se interesa el bien público. Si no fuera por esta causa, yo no molestaría la atención de usted con este desagradable asunto.

Soy de usted, señor presidente, muy atento y muy obediente servidor q. b. s. m.

Mariano Escobedo

## ESCOBEDO COMIENZA A LICENCIAR SUS FUERZAS

Querétaro, junio 10 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Muy estimado señor mío:

Hemos dado cumplimiento a las órdenes del gobierno sobre los prisioneros. Ya todos han salido a sus destinos respectivos, convenientemente escoltados y socorridos lo mejor que se ha podido. Solamente han quedado aquí los que según las instrucciones del gobierno han de ser procesados, que por todos son cosa de 25.

A todos han parecido bien las disposiciones del gobierno en este delicado asunto. Yo las hallo, para mí, muy acertadas y me complazco en felicitar al gobierno por el buen trance que ha dado a este negocio, mostrándose humano y generoso, al mismo tiempo que justo y fuerte.

La salida de los prisioneros nos ha dejado ya muy descansados de las fatigas a que para su cuidado teníamos que estar entregados.

Siento mucho que el general Martínez, en el convenio que celebró con Olvera, hubiera olvidado las expresas instrucciones del Supremo Gobierno para casos de esta especie. Ya le he comunicado la resolución del gobierno desaprobando el convenio, dándole orden para que entregue el mando de las fuerzas a su segundo y que él se venga para que pase a responder de su conducta ante el Supremo Gobierno. He dictado también las disposiciones convenientes para que se continúen de una manera debida las operaciones sobre los rebeldes de la sierra y, como apoyo de



las fuerzas de esta expedición, voy a mandar reforzar, con dos batallones más, las que tengo situadas en San Juan del Río.

Con el objeto de ir allanando dificultades al gobierno, he ido concediendo bajas a todos los jefes y oficiales que me las han pedido y de que no tenemos necesidad urgente.

He concedido ya muchas de estas bajas socorriendo con una quincena a los licenciados, recomendándoles den otra quincena, a los gobernadores de sus estados respectivos, haciendo de ellos, en los pasaportes que les he dado, una mención honorífica por los servicios a la patria, único premio que he podido dar a estos dignos mexicanos.

Las fuerzas que aquí me han quedado y serán cosa de cinco mil hombres, las tengo perfectamente organizadas y muy listas para todo servicio. No hay en todas ellas un empleado de más; todo está arreglado bajo el pie de la más estricta economía y, aún así, necesitamos para cubrir su presupuesto económico cosa de \$ 80,000 cada mes. Aquí es de lodo punto imposible conseguir recursos para estas fuerzas, porque el estado ha quedado agotado y al gobierno no puede ocultarse la necesidad de atenderlas con los más indispensables. Yo descanso en la eficacia, buena voluntad e interés con que usted y todo el gabinete atienden siempre a las necesidades del ejército.

El estado de Guanajuato, en vez de estar gastando sus cuantiosos recursos en fuerzas irregulares que de nada sirven y en otras de nueva creación que ya no se necesitarían para cuando estuvieran en estado de ocuparse, podría y debería darnos estos recursos; pero con el señor Guzmán, que a todo hace una oposición obstinada y sistemática, nada se ha de poder conseguir. Yo ruego a usted se sirva considerar esto, para que acuda oportunamente al remedio.

Protesto a usted que no tengo predisposición de ánimo contra el señor Guzmán; pero creo que este señor (es) incapaz, con incapacidad moral, a juzgar por las extravagancias con que en todo obra, para administrar al estado.

Me recomienda usted en su muy estimada carta del día 6, que recibí juntamente que la del día 7, que tenga paciencia y no me aburra por las dificultades, que todas al fin se han de allanar. No me desespero

ni desconfío de nada, sobre todo estando la administración en manos de usted y de las dignas personas que forman su gabinete. Si alguna vez ha notado usted abatimiento o alguna inquietud en mí, procede de que en estos días me he sentido malo; sin embargo, no lo estoy de gravedad y espero que pasará el malestar que me mortifica y que pronto me veré con entera salud.

Con ansiedad esperamos todos los días, y de momento a momento, noticias del desenlace de los sucesos en México y nos desespera no recibirlas. Acaso nos lleguen cuando menos pensemos y tan felices como las deseamos. Luego que sepa algo digno de interés lo transmitiré a usted por el telégrafo.

Soy de usted muy atento y muy obediente servidor q. b. s. m.

Mariano Escobedo

EL GOBIERNO HA INDULTADO  
A MUCHOS PRISIONEROS

San Luis Potosí, junio 10 de 1867

(Señor don Pedro Santacilia)  
(Nueva York)

Mi querido hijo Santa:

Ya dije a usted en mi última que, si como le he indicado, emprende usted el viaje por Matamoros, es mejor que se vengán en carruajes particulares que en la diligencia, porque aunque en ésta sólo se hace el viaje a San Luis (Potosí) en ocho días y sólo cuesta 600 pesos, tiene la desventaja de que se camina casi de noche y no puede venir escoltada ni puede cargar todo el equipaje. En carruajes particulares, con excepción de algunas jornadas que son forzosas, en las demás se puede hacer el viaje como uno quiera, saliendo y llegando a los parajes a la hora que se guste, se pueden traer carros ligeros con los equipajes y se puede traer también escolta para mayor seguridad.

Probablemente hasta fines de julio o principios de agosto me iré para México, porque las operaciones se dilatan. El enemigo, despechado, hace toda clase de esfuerzos para prolongar su resistencia, pero al fin sucumbirá porque con la rendición de Querétaro no cuenta ya con ningún auxilio que lo salve.

En esta semana quedará terminada la causa de Maximiliano, Mejía y Miramón y sólo quedará pendiente la de los demás generales y de algunos coroneles y paisanos. A los demás prisioneros los he indultado

sin necesidad de sujetarlos a juicio y les he conmutado la pena capital en otra proporcionada a sus crímenes.

Memorias a la familia y muchos besos a María. Su afectísimo padre y amigo.

Benito Juárez

UN CORRESPONSAL ESTADOUNIDENSE  
ACONSEJA PONER EN LIBERTAD A MAXIMILIANO

(New York), 31 de mayo de 1867

Señor presidente Juárez  
(San Luis Potosí)

Muy amigo mío:

He estado tan ocupado desde que llegué a mi país que no he tenido la oportunidad para escribir a usted; sin embargo, usted sabe muy bien que nunca puedo olvidarme de mis amigos mexicanos y, entre ellos, de usted.

Últimamente hemos tenido noticias de los gloriosos sucesos de Puebla y Querétaro y pronto esperamos tener noticias de la Ciudad de México y Veracruz. Debo entonces ofrecer mis congratulaciones a usted y a los ministros de su gobierno que tan fielmente han sostenido la lucha contra el filibustero Maximiliano y los retrógradas de su país. Como usted sabe bien, señor presidente, yo nunca he perdido la esperanza por la causa liberal de México, pues empecé mis trabajos para la causa liberal en la hora más oscura que se había visto hasta entonces.

Yo siento mucho que al fin de la lucha, Mr. Seward mandó la carta pidiendo la vida de Maximiliano y aunque reconozco que es más político, también digo que la justicia demanda la vida de ese hombre que ha hecho tanto daño a México; y así lo juzgará el mundo si usted le condena a la muerte. Sin embargo, ahora México tiene la oportunidad para enseñar al mundo que tiene más magnanimidad que sus enemigos y estoy seguro que una vez (que) la capital y Veracruz estén tomadas por sus fuerzas, ustedes darán a Maximiliano su libertad.

Podemos estar seguros que el viejo mundo no pensará otra vez en invadir nuestras Repúblicas.

El señor ministro Romero me dice que está pensando en volverse a su país; espero que volverá muy en breve, pues es conocido aquí como uno de los mejores ministros que ustedes nos han enviado de México. Además, ha estado (como) ministro en un tiempo lo más difícil para un ministro y ha hecho mucho en su posición para salvar (a) su país contra los imperialistas, quienes trabajaron sin descanso para que nuestro gobierno reconociera el imperio. Digo, entonces, de toda manera que es necesario tener al señor Romero en los Estados Unidos para ayudar, con su juicio, en las importantes cuestiones que pronto tendremos de resolver entre las dos Repúblicas.

Estoy ahora (como) uno de los redactores del *Herald*, pero no me permiten decir cuanto deseo de México y aunque escribo casi todos los artículos relativos a México, algunas veces hay otros redactores que escriben muy en contra a mis deseos. Sin embargo, hago lo posible para presentar bien la causa liberal de México y ya he tenido mucho influjo favorable.

Pienso volverme a México en el invierno que entra, para visitar la capital y congratular (a) mis amigos para los sucesos de nuestra causa; también para reunir más datos del país para que pueda escribir con más facilidad de asuntos mexicanos.

Espero que todos los ministros estén bien y que ahora que han ganado la victoria gozarán algunos de los frutos, como buenos republicanos y ciudadanos. Siempre tengo de ellos muy gratas memorias y espero, antes de morirme, volver para abrazarlos.

Si le ofrece el tiempo para escribir a un verdadero amigo, tenga usted la bondad (de) dirigir la carta a cargo de Alexander Ostraroder.<sup>6</sup>  
239 Broadway. New York.

Su amigo de usted. q. b. s. m.

George E. Church

---

<sup>6</sup> Dudoso.

MATÍAS ROMERO, CON ACIERTO,  
CONTESTA A UN DISTINGUIDO ESTADOUNIDENSE  
QUE SE INTERESA POR MAXIMILIANO

Washington, mayo 31 de 1867

(Señor Hiram Barney,  
ex administrador de la aduana en Nueva York)

[...]

Sírvase usted aceptar mis sinceras gracias por sus bondadosas congratulaciones por nuestro triunfo en México. Ha sido de lo más completo y satisfactorio para nosotros. No hemos aceptado términos humillantes de los franceses; no nos vemos embarazados por tratados con ninguna potencia extranjera que pudieran ocasionarnos dificultades; todos nuestros principales enemigos están vencidos y en nuestro poder. Se abre, pues, para nosotros, por decirlo así, una nueva era en la vida. Hemos obtenido el triunfo con nuestros escasos recursos, sin ayuda de ninguna nación extraña, sino, por el contrario, a pesar de la influencia moral de toda la Europa y la fuerza material de la Francia y otras potencias continentales.

No hemos podido oponer a esta gigantesca combinación más que el sufrimiento y patriotismo de nuestro pueblo y la firme simpatía del de los Estados Unidos. El recuerdo de esa ilustrada simpatía será imperecedero para México. Yo haré lo posible para hacerle justicia en un memorándum de mi permanencia en los Estados Unidos durante la guerra, que pienso escribir algún día como una contribución a la historia de ese borrascoso período.



He leído con interés las observaciones de usted, respecto al modo con que debemos tratar a los enemigos de México. No sé qué disposiciones tome el presidente Juárez con Maximiliano; pero temo que si se le permite regresar a Europa impunemente, sea una constante amenaza para la paz de México. Seguirá llamándose, para oprobio nuestro, emperador de México. Todos los mexicanos descontentos e intrigantes mantendrán una correspondencia activa con él, sobre su supuesta popularidad allí y podrán inducirlo a que regrese algún día, como hicieron con Iturbide. Los que pueden se irán a Austria a formar una corte mexicana en Miramar y tendrá lo necesario para organizar un gobierno mexicano, como el ex rey de las dos Sicilias hizo en Roma cuando fue expulsado de Nápoles. Algunas potencias europeas continuarán reconociéndolo como emperador de México, como hizo España con el ex rey de las dos Sicilias. Siempre que tengamos complicaciones con cualquiera nación europea, el primer paso que dé la parte interesada será intrigar con Maximiliano, amenazándonos con dar auxilio a nuestro legítimo soberano, para recobrar su autoridad de las manos de los usurpadores, si no aceptamos las condiciones que quiera imponernos. Además, si se perdona a Maximiliano y se le permite regresar a su país, ninguno dirá en Europa que hacemos esto porque somos magnánimos puesto que las naciones débiles no se cree que sean generosas, sino, por el contrario, se dirá que lo hicimos por temor a la opinión pública en Europa y porque no nos atrevimos a tratar duramente a un príncipe europeo, nuestro soberano.

No quiero decir con esto que Maximiliano tenga que ser necesariamente fusilado. Lo que quiero decir es que se le debe quitar enteramente el poder de causar males ulteriores a México, antes de dejarlo salir.

Los Estados Unidos son una gran potencia perfectamente bien organizada y, por lo mismo, pueden hacer lo que no sería prudente para un país como México. Tengo plena confianza en que el presidente Juárez tratará a Maximiliano del modo más benéfico a los intereses de México. Tenemos deberes sagrados que llenar para con nuestro propio país y su

cumplimiento deberá ser la primera consideración que deberemos tener presente al querer resolver cualquiera cuestión.

Soy de usted, mi estimado amigo, su afectísimo y seguro servidor.

Matías Romero

MATÍAS ROMERO CONSIDERA  
DEBE CONDENARSE A MAXIMILIANO

Washington, junio 8 de 1867

Señor don Benito Juárez  
México

Mi muy estimado amigo:

Hasta hoy recibí juntas sus dos gratas de 6 y 15 de mayo próximo pasado, en la segunda de las cuales me da la noticia de la toma de Querétaro y captura de Maximiliano y sus secuaces. Hace tres días llegó a mis manos la que me escribió usted el 11 de mayo anterior y que me mandó con Baz por Veracruz. Verá usted que ha tardado mucho en llegar.

La familia de usted continúa con nosotros; Soledad ha tenido una ligera calentura de la que está ya enteramente restablecida; incluyo a usted las cartas que me han dado. La señora está indecisa en irse por Matamoros como usted le encarga. Probablemente en la semana próxima se decidirá, en vista de las noticias que nos vengan de Veracruz.

Nada hemos sabido respecto de lo que se haya hecho con Maximiliano. Es necesario que lo juzguen, lo condenen y que no lo perdone el gobierno. No habría justicia en castigar a Márquez, Miramón y a los demás, si Maximiliano ha de quedar impune.

Los periódicos de aquí nos están tratando muy duramente y es necesario manifestar que (ni) sus amenazas ni sus insultos nos mueven.

Espero con grande ansiedad la noticia de lo que se haya hecho con Maximiliano.

Cada día siento más la necesidad de irme y solamente espero para hacerlo el recibir las instrucciones que pedí a usted desde fines de marzo último.

Probablemente no me podré ir con la familia de usted, pero lo haré poco después.

Al señor Lerdo comuniqué hoy oficialmente cuanto ha ocurrido respecto de Mr. Campbell. Creo que lo tendrá usted en México en los primeros días de julio a más tardar y temo que vaya a dar a usted mucha guerra. Ojalá y se lo puedan ganar buscándole un amigo que le dé de beber, que es su flaco principal.

Incluyo a usted un artículo publicado en un periódico de Boston por Mr. Henry Ward Poole, catedrático de inglés que fue en el Colegio de Minería. Quiere volver a su clase.

Sin tiempo para más, por ahora, me repito de usted afectísimo amigo, atento seguro servidor.

Matías Romero

LOS CONSERVADORES AHORA BUSCAN  
LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS

Washington, junio 15 de 1867

Señor don Benito Juárez  
México

Mi muy querido amigo:

No he tenido el gusto de recibir ninguna de sus gratas en la semana, siendo de 15 del próximo pasado la última que ha llegado a mis manos. La familia de usted sigue sin novedad. Le remito las cartas que me han dado para usted.

El lunes de esta semana vi a Mr. Seward para hablarle de Mr. Campbell. Me dijo entonces que cuando se fuera la señora, procuraría poner a su disposición un vapor de los Estados Unidos que la llevara a la República. Esto facilita, pues, mucho el viaje de la familia. Siento yo que no me hayan llegado las instrucciones de que estoy pendiente para que nos fuéramos juntos.

La señora creyó más prudente esperar la llegada del paquete inglés para saber si ya había sido ocupado Veracruz o México y fijar, en vista de esas noticias, el día de su salida.

Desgraciadamente la correspondencia no nos trajo ninguna de dichas noticias. Hoy se ha determinado a avisar a Mr. Seward que se irá cuando el vapor esté listo y que prefiere irse a Veracruz. Luego que despache yo la correspondencia para esa ciudad, me ocuparé de este asunto.

Ya verá usted que Santa Anna no se duerme. Mientras lo suponíamos aquí, encerrado en Nueva York, desembarcaba en Veracruz

y tomaba posesión del castillo. Por fortuna ni los mismos traidores lo admitieron.

Hoy trasmito oficialmente al señor Lerdo fragmentos de dos cartas recientes de los señores Terreros y Maneyro, de las que aparece que, vencidos los traidores en México y en Francia, dirigen sus trabajos a los Estados Unidos con el objeto de conseguir que este gobierno vaya a sustituir a Napoleón en México. Almonte ha ido de París a Londres, seguramente para procurar inducir al gobierno inglés a tomar parte en esta intriga. Yo espero, sin embargo, del buen juicio de Mr. Seward, que no se dejará coger en esas redes. A principios de la semana próxima le hablaré sobre esto.

Estoy impaciente por irme y espero con ansiedad la resolución de usted sobre esto.

Le remito otro de sus retratos grabados en acero.

He mandado al *Herald* la biografía de usted en inglés para que se publique.

En este momento me manda llamar Mr. Seward. Si me dijere algo particular le avisaré a usted en esta misma carta. Le mando una carta del general Wallace.

Vengo del departamento de Estado, Mr. Seward deseaba verme para leerme un memorándum que había escrito sobre Maximiliano y del cual mandó copia a Nueva Orleáns, por el telégrafo, por conducto del departamento de Estado. El memorándum está escrito en buen sentido y en términos muy respetuosos. Deseo vivamente que cuando llegue, ya haya usted adoptado una determinación definitiva respecto de dicho usurpador para que no crea que esta nueva recomendación ha movido a usted a ello.

Procuraré referir, en la correspondencia que envío hoy, cuanto ha pasado a este respecto.

Sin tiempo para más, por ahora, me repito de usted afectísimo amigo, atento y seguro servidor.

Matías Romero

SEWARD CON SUMA DIPLOMACIA  
ABOGA POR MAXIMILIANO

Washington, junio 15 de 1867

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores  
México

Hoy al medio día recibí una esquila de Mr. Seward, en que me suplicaba fuera yo a verlo luego que me fuera posible. Al entrar en su despacho me habló de las noticias que había recibido de la Ciudad de México, lo cual será asunto de nota separada.

En seguida me dijo que el objeto con que deseaba verme era el de leerme un memorándum que acababa de escribir y del cual remito copia y traducción. En éste se empieza negando las aserciones de los periódicos intervencionistas respecto a que los Estados Unidos desean intervenir en México o sacar ventajas indebidas de nosotros; se anuncia en seguida que los gobiernos de Francia e Inglaterra se han unido al de Austria solicitando que los Estados Unidos interpongan sus buenos oficios para salvar al usurpador; se dice que si se le ejecutara no habría peligro de que ninguna nación europea interviniese en nuestros asuntos por ese motivo y se concluye con una apelación a nuestra generosidad para solicitar que perdonemos la vida a aquel aventurero.

El tono de este documento es muy diferente del usado en el telegrama dirigido por Mr. Seward a Mr. Campbell el 6 de abril. Todo lo que aquél tenía de imperativo y hasta insultante, tiene éste de respetuoso y hasta sumiso. Las notas que dirigió Mr. Seward al gobierno francés sobre nuestros asuntos, nunca fueron concebidas en términos más conciliatorios. La manera de hacernos esta comunicación es también un adelanto respecto de la usada últimamente; aquélla se nos envió por

conducto de una persona que lleva más de un año de haber sido nombrada ministro de los Estados Unidos cerca del Supremo Gobierno, quien hasta ahora no ha ido a su puesto y que, por lo mismo, no ha sido presentada ni recibida con el carácter oficial de que este gobierno ha querido investirla, cuya persona debía trasmitírnosla como si ya estuviera en relaciones oficiales con nosotros; mientras que ahora se ignora enteramente a Mr. Campbell y se nos dirige la comunicación por medio del representante de la República ante este gobierno, que parece ser el órgano debido.

Después de leído el memorándum me dijo Mr. Seward que hacía una semana había recibido un telegrama de Napoleón, solicitando los buenos oficios de los Estados Unidos en favor de Maximiliano; que anoche recibió otro telegrama de la reina de Inglaterra, lo cual lo conmovió mucho, pues le parecía que la súplica de una mujer por salvar la vida de un hombre, a quien llama bondadosamente su querido primo, no debería ser desatendida; que esta mañana habló con el presidente sobre esto, y quedó autorizado para lo que acababa de hacer.

Yo le manifesté, a mi vez, que su memorándum me parecía escrito en buen sentido y en términos respetuosos, y que estaba seguro de que produciría mejor impresión que su telegrama de 6 de abril y la nota de Mr. Campbell de la misma fecha. Le dije también que no tenía dificultad en trasmitirlo sin demora a mi gobierno y que hoy mismo lo haría así por el telégrafo si él lo deseaba. Me contestó que me agradecería mucho lo hiciera yo así, y en esta virtud dirigí a usted mi nota número 252 que envié por el telégrafo a Nueva Orleáns, al encargado de nuestro consulado en aquel puerto y de la cual remito además a usted un tanto con esta correspondencia.

Deseo muy vivamente que cuando este telegrama llegue a su destino ya haya adoptado el Supremo Gobierno su determinación definitiva respecto de Maximiliano, para que no se crea que esta nueva recomendación ha influido en ella.

Dije a Mr. Seward que, por las cartas y periódicos de México que había recibido recientemente, creía que la opinión de que debía fusilarse a Maximiliano ganaba mucho terreno.



Terminado este incidente, hablé a Mr. Seward del asunto a que se refiere la carta del señor Maneyro, que transcribí a usted con mi nota número 249 de ayer, lo cual será también objeto de nota separada.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

NOTA VERBAL DE SEWARD  
PIDIENDO CLEMENCIA PARA MAXIMILIANO

Washington, junio 15 de 1867

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores  
México

Mr. Seward dijo que había solicitado una entrevista del señor Romero con objeto de decirle lo que sigue:

Los papeles públicos de México, tanto del partido republicano como del intervencionista, parecen ocuparse con gran placer de cada incidente o circunstancia que pueda hacerse aparecer como una prueba de que el gobierno de los Estados Unidos pretende o desea alguna ventaja indebida en México o alguna influencia, también indebida, sobre la administración republicana que existe allí. Estas manifestaciones no sorprenden a Mr. Seward, sin embargo de que no tienen fundamento ni la más ligera razón. No son más que un modo inevitable de hacerse la guerra entre los partidos de México.

Mr. Seward desea que la administración del presidente Juárez sepa, que además del emperador de Austria, el emperador de Francia y la reina de Inglaterra, han ocurrido a los Estados Unidos cada uno de por sí y de una manera confidencial para que usen los buenos oficios que legítimamente puedan y estén a su alcance, para evitar la ejecución del príncipe Maximiliano. Los Estados Unidos han hablado ya sobre ese asunto con franqueza y profundo respeto al gobierno del presidente Juárez. El reiterar sus opiniones y deseos de una manera formal, accediendo a los

deseos expresados por los soberanos de Francia y de la Gran Bretaña, embarazaría tal vez al gobierno del presidente Juárez y podría producir el resultado de impedir el objeto humano que se desea. Al mismo tiempo, presumiendo Mr. Seward que la cuestión no esté concluida todavía, desea que el presidente Juárez sea informado del interés que las potencias europeas, antes nombradas, han expresado en favor del príncipe Maximiliano.

Mister Seward cree también debido el decir que no teme ninguna contingencia posible en virtud de la cual alguna potencia europea intente invadir o intervenir en lo futuro en México o en alguna otra nación republicana de este continente.

Por esta razón cree que México no puede tener ninguna tentativa de represalia por parte de las potencias europeas, como consecuencia de cualquiera decisión extrema que el gobierno de México pueda tomar; pero al mismo tiempo cree también Mr. Seward que un sentimiento universal favorable, conciliatorio y amistoso hacia la República de México y las otras repúblicas americanas, sería probablemente el resultado del acto de clemencia y magnanimidad que los Estados Unidos han creído conveniente recomendar.

Mr. Seward suplica al señor Romero que si fuere compatible con las ideas que tenga de su deber, haga saber estos sentimientos de una manera privada y confidencial al gobierno mexicano.

C. Romero  
Oficial de la Legación